

Cuadernos de **Relaciones Laborales**

ISSN: 1131-558X

http://dx.doi.org/10.5209/rev_CRLA.2016.v34.n1.52699EDICIONES
COMPLUTENSE

Del Olmo C. (2013) *¿Dónde está mi tribu?* Maternidad y crianza en una sociedad individualista. Traficantes de sueños.

Antes de ceñirme al contenido propio de la obra de Carolina del Olmo me gustaría hablar de la calidad humana de su escritura, de la proximidad con la que se acerca al lector a partir de sus vivencias personales, demostrando una gran empatía para con las demás personas cuidadoras de nuestro entorno. Sus teorizaciones versan sobre una realidad actual que para la sociología, entre otras disciplinas del ámbito de “lo social”, ha pasado históricamente desatendida: la maternidad. La autora reivindica el abandono generalizado del feminismo más institucional y de la sociedad por completo del estudio multifacético de la maternidad, dejando entrever que el capitalismo y la economía de mercado sobre la que se levanta hoy todo el entramado social funcionan como enemigos irreconciliables de la crianza y los cuidados de las personas, tan necesarios como estratégicamente olvidados por el aparataje de poder institucional y por gran parte de la sociedad posmoderna. En las primeras páginas de su obra, la autora da cuenta de que es precisamente el modelo de organización social construido para lograr la legitimación del sistema capitalista (para su eficiente rendimiento y “progreso”), el que contradice y sepulta las más “esenciales” naturalezas históricas humanas.

En los subcapítulos del primer bloque de su obra, aparecen algunas alusiones genealógicas acerca de este fenómeno. A partir de éstas, la autora postula que la maternidad individualista es una rareza humana, una anomalía histórica en nuestro recorrido existencial. A lo largo de miles de millones de años la crianza y los cuidados han sido sostenidos por toda la tribu, que cuidaba a los niños y niñas cooperativamente, fueran o no los propios. De este modo, la red de apoyo social, de la solidaridad y reciprocidad de las personas integrantes de la comunidad hacían posible que la madre biológica de la persona en cuestión pudiera ser, además de madre, muchas otras cosas. Permitía que las mujeres pudieran realizarse personalmente tanto en el ámbito reproductivo del hogar, como en el productivo, sin que ello supusiera una sujeción o amputación de un campo en beneficio del otro. Sin embargo, los augurios de la autora sobre la nefasta “evolución” de estas sociedades tradicionales de comunismo y mutualidad dan paso al segundo grupo de capítulos cuya temática, variopinta y enriquecedora, versa en torno a las nociones posmodernas de vulnerabilidad, dependencia y compromiso para con los cuidados en una sociedad donde la individualización, competitividad y hedonismo consumista es la norma legítima de construcción del sujeto exitoso de referencia. Se trata de una sociedad donde cada vez más el egoísmo se enmascara bajo las ideas de falsos altruismos que, a fin de cuentas, no representan compromisos y obligaciones para con los demás, para con la tribu, sino que perpetúan y reproducen un conducta social basada en el interés individual y no en el colectivo.

La reciente y tan valorada, por distintas corrientes feministas, incorporación de la mujer al sistema laboral ha sacado a la luz la (des)organización social actual, esa que no tiene en cuenta la enorme dependencia de la atención a los cuidados y la crianza a la que estaremos eternamente sujetas, como seres interdependientes que somos. Las necesidades del sistema mercantil, cuyas estructuras están pensadas para personas que no tienen que cuidar de nadie, no satisfacen estas necesidades vitales. La autora se interroga sobre cómo es posible que hayamos permanecido tan ciega/os ante la evidencia de que sin las atenciones a la crianza y los cuidados ese trabajador asalariado, típicamente varón que llega limpio, desayunado y emocionalmente estable al mundo laboral no existiría como tal a no ser que alguien, desde sus primeros minutos de vida, lo hubiera cuidado. Las palabras de Carolina del Olmo nos llevan a reflexionar críticamente sobre esta cuestión. ¿No será que la maternidad es, en la sociedad de la economía de mercado, un punto ciego, invisibilizado, al que se le da la espalda por un interés tramposo? Pues si son las personas en su intimidad más privada, las que asumen estas tareas como responsabilidades individuales, el problema social de los cuidados se atomiza en el propio cuerpo y en la existencia de la persona cuidadora. De este modo, se persigue estratégicamente des-politizar el conflicto. Así, bajo la lógica de la psicologización y naturalización se logra armonizar y (re)conciliar, lo irreconciliable: la lógica mercantil con la lógica del cuidado, y, en definitiva se construye desde algo preconizado como parte del “sentido común” (socialmente construido) la idea de que es la mujer individualmente la responsable de auto-disciplinarse y organizarse para lidiar con sus contradicciones internas (vividas desde la culpabilidad individual) y poder así atender y cuidar a sus descendientes y, además, poder insertarse como “buena” mujer “independiente” y “autónoma” en el mercado laboral y la vida pública. Pero ¿y si todas las mujeres dejáramos de querer ser madres o de querer cuidar al prójimo? ¿Sería posible la no extinción de la humanidad? ¿No deberíamos todos y todas en sociedad valorar y dar prioridad a este “esfuerzo” que hacen las mujeres?

La capacidad analítica crítica de la autora se demuestra durante toda la narración puesto que permanece atenta a la peligrosidad en el uso de términos y figuras retóricas del lenguaje común, dando en todo caso las explicaciones oportunas para tratar de aclarar que aunque hable de esfuerzo o sacrificio en la crianza en ningún momento lo hace porque lo considere una mera “carga” o, como prudentemente aclara, al menos no una carga per se. Si ésta supone grandes angustias y dolencias es porque las estructuras, organizaciones y estilos de vida contruidos desde los intereses de mercado neoliberales convierten la maternidad en un verdadero sacrificio. La centralidad de los mercados en la organización social de la vida y “sus necesidades productivas” (las que acaban por convertir al mercado en un ente casi humano) organizan el tiempo social de modo que no dejan cabida reconocida para los cuidados.

En el orden discursivo hegemónico no hay cabida para las reivindicaciones de madres como Carolina del Olmo, madres que reclaman el derecho de cuidar y de poder cumplir con lo que consideran una obligación y compromiso vital. La filósofa cuestiona el hecho de que se dé acríticamente por sentado que esta decisión supone una vejación para los logros históricos del feminismo, un encierro en casa consciente o una auto-sujeción y sumisión a las necesidades del opresor sistema

patriarcal. Desde su experiencia personal de la maternidad (en el seno individualista de la urbe, sin su tribu), reivindica que el comportamiento de estas madres no es neo-machista, sino todo lo contrario: son mujeres y madres a la vez, que rechazan lo peyorativo de la fusión identidad mujer-madre y que renuncian a tener que insertarse y aceptar “amablemente” el modelo de trabajo orientado al trabajador varón “tipo” guiado por la exclusiva necesidad del beneficio para sí. Estas luchas se presentan como opuestas al dictamen paternalista que victimiza y solo reconoce la autonomía de las mujeres cuando hacen la elección “correcta”: la realización a través del trabajo asalariado. ¿Pero qué hay detrás de la significación de lo que es o no correcto? Si la normatividad dicta que el deber ser de la mujer posmoderna es el lograr una armoniosa complementación de sus obligaciones como trabajadora asalariada y madre, la que se desvíe de la norma, será estigmatizada como “bicho raro”. Este mecanismo funcionaría por tanto como un aviso de llamada al orden, impidiendo que toda aquella trasgresora que niegue su adaptación al orden económico y social, sea escuchada. ¿Y no podría ser cierto que esta sutil técnica disciplinaria estuviera al servicio de la des-naturalización y despolitización de un conflicto que, siendo social y estructural, se ha psicologizado y naturalizado en la individualidad deficitaria de toda mujer que anhela vivir una maternidad diferente? Si se sigue encasillando a estas mujeres como, “desviadas”, incluso retrógradas neo-machistas, el sistema actual seguirá intacto pues seguirá siendo la madre, en lo privado, la encargada de gestionar y canalizar las contradicciones de su existencia y “demostrar que puede con todo” (y poder con todo en la realidad) para sacar adelante su carrera profesional, ser productiva, y, además, criar de las viejas y nuevas generaciones.

Bajo el principio de que todo comportamiento comporta un cálculo del coste-beneficio y esconde un interés lucrativo propio, puede resultar complicado llegar a entender a las madres como la autora de este libro, pues las lógicas economicistas dificultan a menudo las lecturas críticas en éste y otros muchos hechos sociales. De este modo, resultaría complicado entender que, por ejemplo, y siguiendo a Rendueles (citado en este libro: p. 83) “lo que realmente se opone al egoísmo, no es tanto el altruismo como el compromiso”. A lo que Carolina del Olmo añade reciprocidad y el cuidado mutuo. Nos creemos que la “buena marcha” del hogar posmoderno se reduzca a conductas altruistas y empáticas entre sus miembros, sin embargo, como señala la autora, este altruismo no es más que un egoísmo disfrazado, cuyo fin, el interés y bienestar individual (sentirse bien con uno mismo) elude toda obligación o compromiso para con los demás. Con todo ello, es complicado seguir manteniendo la conciencia sobre las responsabilidades que nos interpelan. La organización social arrastra nuestras subjetividades al campo del deseo lastrando, las decisiones basadas en compromisos a un plano secundario y los ritmos del mercado laboral impiden hacer cualquier otra actividad vital de reciprocidad y cuidado mutuo. Es más, aquellas que lo hacen son sancionadas socialmente como mujer deficitaria. Desde la perspectiva posmoderna, los compromisos para con la tribu (que se fundamentan más bien en obligaciones y no en satisfacciones) no son socialmente legítimos. Y este tipo de discursos calan en el imaginario social actual convirtiendo la maternidad en una especie de desafío a lo más íntimo de nuestra personalidad como mujer. Muy acertadamente, ve en la maternidad la perfecta ocasión para cuestionar los modelos de vida típicos del

híper-consumismo contemporáneo que “naturalizan” y legitiman la no maternidad como una liberación y la maternidad como una sujeción y obligación. Su lectura alternativa, nos permite reparar en la gran paradoja de parte de la feminidad posmoderna donde las mujeres, esos sujetos que son “libres” para no tener hijos están, precisamente, reclamando el deseo de tenerlos pues entienden la maternidad como fuente de compromiso y realización.

La autora habla del “experimento de la conciliación al término del segundo capítulo” donde sostiene que el discurso hegemónico sepulta estas alternativas bajo la exaltación del modelo de crianza triunfante, ese que es no conflictivo, que se adapta al terreno y al sistema, que supedita la crianza y vida familiar al mundo laboral y la vida económica, y que se ha decidido vender como conciliación. La realidad es bien diferente, la conciliación agota, solo supone el reparto en lo privado del agotamiento de padres y madres, sobre todo de éstas, donde, las contradicciones de la doble jornada han demostrado ser insostenibles. Las trampas de las políticas de conciliación esconden la cruda realidad opresora y esclavista y es que concilian para oprimir aún más: más guarderías, sí, ¿pero a cambio de qué? A cambio de más precarización del empleo, de salarios más bajos y de jornadas más largas. La conciliación real sería aquella que abandonara su propio nombre, y pasara por un retorno a una organización social que nos permitiera cuidarnos y cuidar sin la exclusiva privatización y externalización mercantil.

Los dos últimos capítulos de la obra se centran fundamentalmente en los discursos científicos de la comunidad de expertos en torno a la maternidad, tratada unidireccionalmente como una ciencia y no como una práctica social histórica, contextual y cultural. En torno a la crianza existe una incesante proliferación de recomendaciones “científicas” de falsa pretensión objetivista pero, eso sí, muy diversas, variopintas (y contradictorias) para que todos los tipos de públicos puedan verse representados por alguno de sus diferentes matices. La autora pretende dar cuenta de que esa comunidad tan prestigiosa de expertos ha sepultado los saberes y aprendizajes históricos basados en las costumbres y tradiciones sobre la maternidad, haciendo saltar por los aires y desacreditando el saber de los legos. Pero detrás de todos estos discursos de pretensión ortodoxa se esconde la intención de sus detentores de asegurarse el monopolio de una profesión. De ahí que cada vez más el saber experto en torno a la maternidad se polarice, a la vez que se compartimenta y especializa para una mayor proliferación de todos los profesionales del campo de la crianza científica. Y es que cuanto más se elimina el saber tradicional más incertidumbre y necesidad de “una verdad” tienen los legos. El higienismo contemporáneo subsiste a partir de su adaptación a la sociedad de consumo: se informa de los beneficios científicamente probados de diversas prácticas de crianza. Sin embargo se continúa ocultando las barreras materiales y sociales reales a las que se enfrentan las personas que quieren cumplir con su compromiso de cuidar bajo la falsa idea de que tenemos el control en nuestras manos, de que somos “libres” para elegir un modo de criar y cuidar. Para la autora, el error es entender la maternidad como una ciencia y no como un conjunto de técnicas encauzadas hacia la consecución de fines sobre todo prácticos; como prácticas sociales.

Para concluir, simplemente añadir que es de agradecer la postura de la autora, alejada del determinismo y reduccionismo, pues viene a decir que según como cada

persona entienda el mercado laboral, bien sea desde su comprensión como mecanismo emancipador u opresor-alienador, se entenderá también la maternidad como una sujeción o como una liberación. Y que, en definitiva, para el entendimiento de la conducta humana (y de la práctica maternal) no se trata de encasillarse en una línea teórica meramente constructivista; tampoco en una exclusivamente biologicista, pues cuanto más cultural y social es la especie que se estudia, más dependerá su conducta de un complejo sistema de interdependencias e interrelaciones entre pautas culturales, bagajes biológicos y entornos materiales. Las diferentes conductas funcionan como un continuo que va desde lo biológico a lo cultural. La reivindicación aquí pasa por tanto por reconocer la diversidad cultural en torno a la maternidad y crianza, y no lo contrario: que se tenga en cuenta la “norma” como lo general. Y, sobre todo, ser conscientes de que si algo cabe inferir de nuestro pasado como especie es la existencia de una tribu, solidaria y colaboradora en la crianza y los cuidados de sus miembros... Una tribu imposible de re-implantar en nuestra sociedad si no se da un vuelco de 360 grados al modo de organización social actual que constituye una amenaza para el reconocimiento social de la vulnerabilidad e interdependencia de todos y todas en sociedad. Termino con una frase de la autora que me parece resume bastante bien sus intenciones “no se trata de seguir indagando en los factores biológicos o psicológicos –siempre individuales- que hacen de una persona algo así como una buena madre responsiva, sino de imaginar cómo debería ser nuestro entorno para que a todos nos sea posible ser buenas madres. Necesitamos una tribu que nos permita ser madres y muchas otras cosas a la vez”.

Carla González Pousada
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
carlag15@ucm.es